

vuestros corazones, si el amor propio no os impidiéra proclamar en alta voz vuestro contratiempo. Pero para que la agricultura séa para vosotros ésa profesion noble, grande, honrosa y saludable, como es en si misma, acordádos de observar fiélmemente las condiciones. Todo el que la deshonra y la traiciona con su conducta no puede contar con los beneficios que ella procura. Pero el que la éjerce de la manera como ella quiere ser éjercida y que hémos dicho, es decir, respetando los derechos de los hombres y los derechos de Díos, ése puede estar seguro de llevar una vida util y honrada, y prometerse, lo que vale mejor, hacer una santa muerte. Asi séa.

gar de ir á llevar en las capitales una vida poco digna, y arrojar los restos de vuestra fortuna en los abismos del lujo, ¿no valdria mejor que habitárais en vuestras tierras? Si, séd fiéles al suelo que há hecho vuestro nombre y vuestra grandeza, y las poblaciones os bendicirán! Y no se verá réalizarse en vosotros y contra vosotros esta terrible palabra del profeta: *Auferetur factio lascivientium*. La faccion de los hombres de placer será éternamente inutil. Amos. vi. (Dupanloup, loc. cit. — Honor al cultivo, cualquier nombre que lleve, á cualquier trabajo que se aplique, y séan los que fueren los productos que salen de sus manos! Honor á los hombres que, comprendiendolo y apreciandolo en su dignidad y sus servicios, se consagran á él y lo fomentan, séa con sus brazos, séa con sus capitales, séa con su ciencia y sus metodos! Honor á estos concursos y á estas fiestas que premian los progresos de la agricultura, y estimulan estas maravillosas exposiciones de productos, de metodos, de instrumentos, poniendo en comun las luces y los conocimientos de cada uno. Ah! qué florezca entre nosotros, este arte antiguo y divino, manantial inagotable de riquezas nacionales, que dá á la patria robustos hijos, fuertes soldados, y á la sociedad ciudadanos honrados y buenos; balladar contra el desorden, garantia de la paz social, que todo lo fomenta y lo favorece, provocando la difusion, los progresos y la practica, yá las granjas—escuelas, yá las colonias agricolas, yá las exposiciones, yá los comicios y las enseñanzas en todas las ciudades. (Id. ibid.)

PARA LA BENDICION DE UNA FABRICA

INSTRUCCION UNICA

Motivos y condiciones de esta Bendicion.

I. Motivos. — II. Condiciones.

Antes de proceder á la bendición de este bello establecimiento, permitidme, cristianos, hermanos míos, dirigiros algunas palabras. Admitiendo la conveniencia de esta ceremonia religiosa, muchos de vosotros no se dán quizás bien cuenta de que en ella se propone, ni sobre todo de lo que ella impone. Es lo que quisiera explicaros. Voy en una primera reflexion á precisaros por qué motivos vámos á bendecir esta fabrica; y en una segunda, os diré con qué condiciones esta bendicion obtendrá su efecto.

I. — *Por qué motivos vámos á bendecir esta fabrica.* — Comenzaré por deciros que no hacemos aqui una cosa nueva é inaudita. Al bendecir esta fabrica, no hacemos más que seguir el éjemplo de nuestros hermanos, y tambien del antiguo pueblo de Díos. Efectivamente, leemos en los libros del Antiguo Testamento, entre otros numerosos hechos semejantes, que Moises, con una bendicion que el cielo le reveló, volvió dulces las aguas amargas del desierto ¹; que Eliseo purificó los manantiales de Jericó del mismo modo ²; que Tobias bendijo con oraciones su cuarto nupcial, del cuál lanzó así á los demonios ³ Cuando Nuestro Señor vino á la tierra para salvarnos confirmó con su éjemplo, lo que se hacia bajo la ley mosaica. Es así cómo le vemos bendecir los cinco panes y los dos peces con los cuáles alimentó á la multitud que le habia seguido al desierto ⁴; imponer las manos sobre los enfermos para curarlos ⁵; bendecir á los niños ⁶;

1. Exod. xv, 25. — 2. IV. Reg. II, 21. — 3. Tob. viii, 6-15. — 4. Mat. xiv. 19. — 5. Mar. vi, 5 et alibi passim. — 6. Mat. xix, 15.

bendecir y ofrecer á su Padre, antes de la Cena, el pan y el vino que vá á cambiar en su cuerpo y en su sangre ¹. Los Apostoles y sus sucesores, siguiendo las huellas del divino Maestro, de tál manera hán hecho entrar en la Iglesia la practica de las bendiciones, que han llegado á ser sus ceremonias más generales. Efectivamente, la Iglesia bendice, yá los hombres, yá las cosas. En particular, ella bendice todo lo que sirve para el culto divino, las iglesias, los altares, los vasos, los ornamentos y paños sagrados. Ella bendice igualmente las cosas que usan los hombres, cómo sus casas; sus propias obras, cómo los puentes, las fuentes, los ferrocarriles, y otras cosas semejantes ².

Sin embargo, en estas diferentes bendiciones, la Iglesia no se propone siempre el mismo fin; su intencion varia segun el destino de las personas ó de las cosas que bendice. Así por ejemplo, cuando bendice los objetos destinados al culto divino, es para consagrarlos exclusivamente al servicio de Dios y retirarlos de los usos profanos. Y no podria ser del mismo modo, esto es evidente, para las cosas destinadas al uso de los hombres ³.

1. Mat. xxvi, 26.

2. Benedictiones in Ecclesia usitatæ defenduntur: 1º Ex Scriptura. 2º Ex ss. patrum traditione. 3º Ex pio veterum christianorum sensu, et consensu. 4º Ex effectibus et finibus (FABER, *Op. conc. in festo s. Joan. evang. conc. 6*). — Variæ benedictiones. I. Benedicit Deus. II. Benedicunt angeli. III. Sancti. IV. Pontifices et sacerdotes. V. Parentes. VI. Homines plebei: 1º Mensæ. 2º Potui. 3º Obviantibus. 4º Abeuntibus (Id. dom. infra oct. Nativ. conc. 2).

3. La Iglesia bendice el fuego, para que no perjudique al hombre, y para que sea para él el emblema de la caridad y de la verdad; bendice el agua, para que ella sirva para purificarle; bendice los templos, los altares, los vasos del sacrificio, porque nada es bastante santo para el culto del Señor; bendice la casa del hombre y sus alimentos, para que pueda descansar en paz y tomar con reconocimiento y sin temor el alimento necesario para su cuerpo; bendice el ganado, los prados y los campos, para preservarlos de las calamidades que podrian asolar-

Segun esto ¿porqué motivos particulares dá la Iglesia su bendicion a una fabrica?

La Iglesia la bendice, en primer lugar, para lanzar y alejar de ella al demonio. Qué á nadie se le ocurra sonrírse por esta palabra. Si, el primer motivo para la mayoría de las bendiciones de la Iglesia, y, en particular, de una fabrica, es la expulsion y el alejamiento del demonio. No se debe dudar, el demonio juega en este mundo un importantísimo papel. Su accion no es menos réal que la de los angeles. Pero mientras que estos no se emplean más que en hacernos bien, el demonio, ayudado de todos sus satélites, no trabaja más que para causarnos mal. Y como se puede decir que la mayor parte de las cosas ventajosas que tenemos, las debemos á los angeles; así se puede asegurar, con no menos verdad, que la mayoría de las cosas funestas que nos acontecen, el demonio es el causante. Por otra parte, es el primer autor de todo mal, porque antes de él no existia; y es el que há introducido en el mundo todos los males, por medio del pecado, que há hecho cometer á nuestros primeros padres. Sin el demonio, no sabríamos lo que es la muerte, é ignorariamos todos los sufrimientos y todos los males que nos encaminan más ó menos directamente, más ó menos rapidamente hacia este termino fatal, despues de haber envenenado nuestra existencia ¹.

los y privar así al labrador del justo fruto de sus trabajos. Etc. (Chirat, *Espiritu de las ceremonias de la Iglesia*.)

1. *Sed libera nos a malo*: hoc est a diabolo, qui totius mali auctor est et origo; diabolus natura cælestis fuit, nunc est nequitia spiritualis, ætate major sæculo, nocendi usu tritus, lædendi arte peritissimus; unde non jam malus, sed malum dicitur, a quo est omne, quod malum est (S. JOAN. CHRYSOST. *In Matth. vi, 13*). — Ubique ad decipiendas animas retiacula tendunt (dæmones), in divitiis et paupertate, in sublimitate honoris et in mundi contemptu, in voluptatibus carnis et austeritate pœnitentiæ, in crapula et sobrietate, in rerum affluentia et parcitate victus, in loquacitate et silentio, in nitore et sordibus, in lætitia et fletu, in administratione temporalium et remotione quietæ,

Si el poder del demonio es, de una manera general, t n malevolo y t n funesto, es m s temible todav a en un establecimiento, como

in libertate et subjectione, in labore et otio, in occulto et publico, in solitudinibus et civitate, in debilitate et corporis sospitate, in vigiliis et torpore, in gloria et ignobilitate, in infamia et favoribus humanis, et, ut paucis universa comprehendam, nullus est locus, nulla actio, nullaque persona, quæ ab ipsorum deceptionibus libera existat, quoniam nequeunt excludi parietibus, nec placari precibus, neque terribus coerceri (S. LAURENT. JUSTIN. *De contemptu mundi*, c. 18). — Sicut taurus in sui agitatione graviter se vulneratum esse animadvertens, vidensque, quod furorem suum adversus eum, a quo percussus est, exercere non possit, confictum ex vetustis pannis lineis, vel stramine, hominem, ad aves abigendas in agro positum, aggreditur, illumque cornibus, dentibus, pedibusque in millenas partes ferociter discerpit, suas se vindictas hoc modo aliquid exercere posse, sibi imaginans; ita quoque princeps tenebrarum videns quod de Deo, qui ipsum e c elo in profundum abyssi præcipitavit, vindicare se nequeat, hominem ad imaginem et similitudinem Dei creatum, Deoque unice charum, plurimisque favoribus adauctum aggreditur, suamque rabiem in eum, in Dei ignominiam, quantum potest, eique permittitur furibundus exserit (MANSI, *Biblioth.* art. *Diabolus*, disc. 2, n. 3). — Vocatur d emon *Malus* per antonomasiam et cum emphasi, ob plenitudinem et supereminentiam maliti , quomodo etiam s. Paulus dicit, Eph. vi, 12: *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed contra spiritualia nequitie in c lestibus*, hoc est, contra spirituales nequitas, sic enim vocat dæmones: « Emphatice loquendo, inquit D. Thomas, in h. l., ut intelligatur in illis esse plenitudo nequitie, quia quanto est altior d emon secundum naturam, tanto quando convertitur ad malum est pejor et nequior. » Vocantur ergo spiritualia nequitie in c lestibus, quia et spirituales sunt, et nequissimi, et ex aere caliginoso, quasi loco nobis altiori pugnantes, et pro rebus c lestibus pugna est. — Secundo, *Malus* absolute vocatur, qui a primus peccati et maliti  author, primus malitia infectus, nemine eum impellente, sed propria voluntate peccando; et sic non est ex infirmitate, sed ex malitia sollicitus fuit; ita ut omnis malitia in mundo existens ab illo originem ducat, et incrementum ab illo accipiat. Peccatum enim infelix semen

una fabrica. All  est n r unidos  fectivamente peligros naturales de toda clase, es decir, peligros f sicos y peligros morales. Peligros de parte de las materias que se emplea   que se trabaja; peligros de parte de las maquinas de que se sirve; peligros de parte de los objetos que se fabrica; peligros de parte de los obreros que pueblan los talleres; peligros de parte de los amos mismos que gobiernan y de qui enes todo depende. En una organizacion t n complicada,   cuántos resortes secretos no puede el demonio hacer jugar, capaces de ocasionar una multitud de accidentes y acarrear inmensos males!   Cu ntos malos pensamientos no puede sugerir, cu ntas coincidencias perfidas no puede procurar, teniendo por consecuencia irreparables ruinas, s a temporales, s a espirituales!

et fructus est, quo solo pascitur et oblectatur, omni tentans via, ut ubique illud radicem figere possit, et virulentum germen producere. — Tertio absolute *Malus* denominatur, quia in malitia est confirmatus et inflexibilis; et ita malus, ut cum jam ab initio peccarit, continuo peccet usque in pr sens, et in  ternum sit peccaturus, nec vel unum bonum actum elicitorus tota æternitate. Unde licet exeat in actum naturalem, « motum tamen quem natura inchoat, voluptas deformat, » inquit D. Thomas, in I. Ep. Joan. iii. De illo ergo verum est, Job. xli, 4: *Cor ejus indurabitur quasi lapis, et stringetur quasi malleatoris incus*, quia ejus voluntas magis obfirmatur in peccato, quo magis a Deo percutitur, sicut incus quo magis a fabro percutitur, magis intra se compacta roboratur et induratur (MARCHANT. *Hort. past.* tr. 3, lect. 11, pr. 1).

1. Por las grandes aglomeraciones que la industria contemporanea forma en las fabricas, en las manufacturas y en los talleres, aunque no r uniese más que elementos de una moralidad perfecta, su sola acumulacion produciria entre ellos una fermentacion temible. Aislados, quizás se conservarían intactos, sin tempestades y sin esfuerzos; aproximados, son un peligro los unos para los otros. Sobre todo, cuándo est n r unidos obreros de diferentes sexos bajo un mismo techo y concurren   los mismos trabajos, es facil comprender que en esta continua vecindad y esta comunidad sostenida de trabajos, una fiebre funesta se

Admirád, cristianos, cuán grandes son la sabiduria, la prevision y la solicitud de la Iglesia que, cuando es llamada á bendecir una

enciende en sus venas. Pero desgraciadamente es de experiencia que, á pesar de toda la severidad que se pueda poner en la eleccion del personal, entran en todas las agrupaciones importantes de obreros ó de obreras algunas naturalezas pervertidas; y entonces el peligro es siempre más formidable y frecuentemente mortifero. Muchas veces el contagio del vicio pasa de los que lo llevan á los que les rodean. Una joven, entregada á malos instintos, basta, de tiempo en tiempo, para corromper todo un taller. Dos ó tres juvenes bastarán tambien para echar en el desorden á todos sus compañeros de trabajo. Esta seducción podria en rigor ser prevenida, ó por lo menos se extenderia lentamente y con más dificultades, si los que estan al frente del establecimiento se mostráran severos sobre este punto y ejércieran una vigilancia activa y rigurosa. Pero, ay! cuántos que tratan estas cosas con una culpable incuria! Cuántos tambien que llegan hasta la complicidad con una tolerancia formal! Con tál de que el trabajo ande se inquieta poco de lo demás; no se quiere tampoco saber lo que pasa, ó si se llega á saber, no se hace nada para el remedio. Se sabe que se tiene publicamente conversaciones licenciosas, y se calla; sabese que muchos se permiten canciones impias ú obscenas, y se guarda silencio; se sabe que la delicadeza y la modestia son á cada instante ultrajadas, ó por ligerezas inconvenientes, ó por libertades indignas y criminales, y se limita á sonreír de estos hechos, cuando se es informado. Se vá tambien más lejos: los que, á titulo de empleados ó jefes de industria, deberian ser el gran apoyo de la moralidad, son á intervalos el primer y el más fatal escollo. Tienden á la debilidad engaños tánto más seductores, cuánto que la tentacion parte de más alto; tienen tambien, en más de una ocasion, la cruéldad repugnante de estipular el desorden y la infámia cómo la condicion del trabajo; se rehusará el pan del dia y de la familia á quién querrá guardar la inviolabilidad de la virtud. Es ésa una barbarie tán salvaje que se la creeria imposible, y desgraciadamente la experiencia de nuestro ministerio nos enseña todos los dias que ella hace una multitud innumerable de victimas, en todos los lugares del mundo industrial. Comprendese todo lo que semejantes éjemplos deben producir de ignominias; es verda-

fabrica, piensa ante todo en lanzar al demonio. Con éso ella aleja consecuentemente todos los males de los cuáles pudiéra ser el teatro, y que afligirian á los que vienen á cumplir allí la ley divina del trabajo.

Pero no es solamente para lanzar de esta fabrica al demonio, y preservarla asi de todo accidente y de toda desgracia, que la Iglesia vá á bendecirla por mi ministerio. Es tambien para atraer á ella todos los bienes, séa del orden material, séa del orden espiritual. La Iglesia vá á bendecir esta fabrica para que se desarrolle y prospere. La prosperidad de las empresas humanas entra en las miras de la Providencia divina. Esta prosperidad es el efecto de la inteligencia que Dios há dado al hombre, y del trabajo que le há impuesto. Ella es por consiguiente justa en su principio. En sus resultados, por un lado, redundan en gloria de Dios, revelando frecuentemente sus obras ocultas, no menos admirables que sus obras visibles¹; y por otro, es el medio natural del cuál Dios se sirve

deramente entonces la abominacion de la desolacion, no en el lugar santo, sinó en el santuario del trabajo; y en todas partes en donde estos escandalos aparecen, en todas partes en dónde los que deberian oponer un dique á los desordenes, son asi los primeros en romper las barreras, se vé las aglomeraciones obreras transformarse en focos de licencia, á los cuáles Sodoma, Gomorra y Babilonia no tendrian nada que revelar, ni vergonzosas brutalidades que desear. — No quiera Dios que exageremos! Hay de este hecho deplorable gloriosas excepciones. Pero ellas son bastante poco repetidas, y generalmente se há visto á los grandes centros industriales espacir en su derredor un funesto olor de muerte (Mgr. Plantier, *Instruccion pastoral sobre las grandezas y abusos de la industria contemporanea.*)

1. Antes de que el hombre fuese puesto en posesion del universo, Dios, en su legitima solicitud por su propia gloria, habia hecho de la creación como un vasto libro, en donde su nombre se encontraba escrito en sublimes caracteres. Apoc. vi, 14. Los angeles, testigos de su trabajo, habianse estremetido de admiracion viendole desenvolver en el espacio estas paginas magnificas. Job. xxxviii, 7. Ellos cantaron en

para dar su pan de cada dia á una multitud de criaturas, á las necesidades de las cuáles su bondad se hace una ley de proveer. La

su elogio un himno que fué á resonar hasta en las profundidades de la nada, y los mundos nuevamente formados, al constituirse los écos, se pusieron á su vez á celebrar á su autor. Los cielos contaron su poder, Ps. XVIII, 37; las voces de la tierra se unieron á las del firmamento. De una extremidad á la otra de la obra divina, no fué más que un inmenso concierto, y porque las letras de este gran poema no eran menos transparentes que armoniosas, á través de sus formas visibles se entreveía la invisible belleza del artista supremo, cuyo espejo eran ellas, al mismo tiempo que eran su obra. Rom. I, 20. — Y sin embargo, en este vasto libro de la naturaleza, sellos numerosos estaban todavía cerrados; los siglos anteriores no habían sabido romperlos, y el más insigne honor de la industria contemporánea debía ser el de hacerlo. Dios se encuentra en el fondo de cada uno de sus descubrimientos. Que ella ahonde en las entrañas de la tierra; que arranque tesoros hasta este día desconocidos; que desprenda el oro, la plata, el plomo, el hierro y todos los demás metales de las capas debajo de las cuáles parecían para siempre ocultos á nuestras miradas, por todas estas operaciones nos revelará la fecundada creadora. Yá sin duda sabíamos por la Sabiduría eterna que, al hacer el mundo, se há entretenido, por decirlo así, en prodigar las maravillas, y que las há sembrado como á raudales, no solamente por las superficies que nuestro ojo alcanza, sino también en los abismos que no puede sondar. Hoy los vastos laboratorios de la industria nos lo prueban con nueva evidencia. Ese peñasco os parece de una aridez sin esperanza; ese polvo que pisáis parece á lo sumo destinado á recibir la señal de los reptiles que se agitan al sol; en las laderas de la montaña esa tierra rojiza no tiene virtud, se dirá, más que para alimentar la pequeña hierba de que se alimentan los rebaños. Desengañados: éstos diferentes elementos, arrojados muy pronto en formidables crisoles, van á sufrir una transformación que tendrá algo de prodigiosa; yo no sé que llama inteligente hará salir raudales de un metal en éfusión, y vosotros veréis que debajo de la corteza de estas piedras y de estos átomos que parecían estériles, el Arquitecto divino había ocultado riquezas misteriosas y, por decirlo así, los germenos de todo un mundo. El hombre que los des-

bendición de la Iglesia atraerá sobre fábrica la prosperidad, á fin de que las condiciones de la vida sean mejoradas para todos los

que cubre no pretende quizás más que trabajar para su fortuna; que lo piense ó no lo piense, él añade un brillo más á la gloria del supremo Obrero, y la obra que produce, en lugar de ser sencillamente un tesoro, es una revelación. — Al lado de las riquezas cuyo secreto sorprende, se colocan fuerzas inmensas que utiliza. Ois éstos hornos que murmuran bajo la acción de un soplo tempestuosa que los atiza; diríase los mugidos entrecortados de un volcan. Advertís los pesos asombrosos que levanta este vapor que se escapa por explosiones intermitentes del calabozo que lo contiene cautivo. El es más transparente que éstas transparentes évaporaciones de rocío que se elevan con el alba del día, y, al mismo tiempo, es más terrible que la ola de los mares irritada por el huracan. Hé ahí la industria; de una atmosfera tranquila sabe sacar la tempestad; y por ella, un humo ligero se convierte á la vez en el más poderoso y el más terrible de los motores. Si, hé ahí la industria! Pero añadid: hé ahí á Dios! ¿Quién há dado al aire la facultad de condensarse, de animarse al soplo que lo apremia y de centuplicar la energía del foco sobre el cuál se precipita? ¿Quién le há dado al vapor esta elasticidad tan altiva que le permite burlarse de todos los pesos, como de todas las resistencias? ¿Somos nosotros ó el Criador del universo y de todas las fuerzas que él contiene en estado de reposo ó de acción? Que la aplicación más ó menos gloriosa nos pertenezca, concedido; pero ¿estas grandes palancas, estos gigantescos resortes tomados en sí mismos no son la obra de ésa mano que hizo brotar el sér de la nada y se sirvió de lo que no es, para hacer lo que es? Leyes y móviles, todo émana de este Ordenador soberano, y no tenemos poder más que para el inteligente empleo de los rodajes que há puesto en este vasto mecanismo del mundo. — Después de los elementos que ella descubre y de las fuerzas que utiliza, ¿qué advertimos también en la industria contemporánea? Son los modelos en que se inspira. Vosotros sobre todo que tejéis con tanto arte, yá la lana, yá la seda, necesitáis sembrar sobre las telas, destinadas á salir de vuestras fabricas para afrontar los azares del comercio, adornos cuyo encanto fascine las miradas y determine el éxito. Para dárlas este prestigio, vuestros dibujantes consagran sus dias, y frecuentemente las veladas, á crear

trabajadores de esta comarca, y que conozcan las dulzuras del modesto bienestar; para que los productos que aqui se harán, vayan á

elegantes caprichos, y su imaginación no tiene otra tarea y no persigue otro objeto que inventar atractivos brillantes, en donde vengan á prenderse los caprichos del gusto del publico. Cosa extraña sin embargo! No pensando más que en la moda para seducirla, sin pensar en ello, honran á Dios, porque imitan sus maravillas. Admirad ésos grandes tapices que muy pronto decorarán la estancia de los reyes. Se vé desarrollarse en ellos bosques profundos, el ciervo y jabali los atraviesan perseguidos por los cazadores, y á lo lejos en un horizonte que los bosques dejan al descubierto, se despliegan lagos en los que se refleja la sombra de las altas montañas que los dominan. Considerad ésos tapices suntuosos que pisais en la mansion de la opulencia; son ramos de encina ó de laurel que los adornan; y bajo vuestros pasos, creéis á cada instante tropezar y marchitar ramos de flores frescamente arrancadas á sus tallos. Asi las obras de Dios, á pesar vuestro, se ciernen sobre vuestros pensamientos; vuestras propias obras no son más que el espejo de las suyas. Todo lo que haceis de más brillante no es más que una copia de la naturaleza, y vuestros tejidos, rosas, arboles, léones ó neveras cuya imagen llevan, nos parece oír partir, como de la creación misma, este grito de los tres niños de Babilonia: *Obras del Señor, bendecid al que os há hecho, alabád y glorificád su poder hasta más allá de los siglos!* Dan. III, 57. — Por ultimo, la industria que honra á Dios con sus descubrimientos, puesto que es él quién há creádo el objeto; por las fuerzas que ella emplea, puesto que es Dios quién es el autor y el centro; por los modelos que copia, puesto que es Dios quién los há depositado en la naturaleza, la industria rinde homenaje á Dios por los limites mismos en los cuáles ella está obligada á detenerse. Jesucristo há dicho en el Evangelio: *Contemplád las azucenas de los campos; para crecer y formarse, no trabajan; tampoco hilan. Y sin embargo, yo os aseguro que, en toda su gloria, no há tenido Salomon traje tan bello como su adorno.* Mat. VI, 28, 29. Estas palabras serán éternamente ciertas. Por mucho que suba la industria, en aquellas de sus obras que tocan en el dominio del arte, un abismo infinito la separará siempre de los esplendores de la naturaleza. Dios no admite rival. Sin duda, inteligentes obreros de nuestras fabricas,

llevar lejos las ventajas y los beneficios que están destinados á procurar. Asi los ausentes, lo mismo que los presentes, tendrán su

vosotros haceis pasar en vuestros tejidos casi todos los meritos de la pintura; mirando vuestras telas, se creería más de una vez contemplar las páginas de un gran maestro. Pero, cómo los pintores tambien, ¿no debeis reconocerlos vencidos por la creación? Este vulgar instrumento que haceis vogar, por decirlo asi, sobre un telar más vulgar todavia, es en vuestras manos como una paleta misteriosa; el hilo brillante que se desarrolla, comunica un brillo radioso á las figuras que compone. Pero debemos preguntaros, con San Geronimo y San Juan Crisostomo, «¿si esta belleza puede compararse con la de las flores? ¿Qué purpura iguala á la de la rosa? ¿Qué blancura es más deslumbradora que la de la azucena? ¿La mirada, lo mismo que la palabra, no reconoce que ningún matiz es tan dulce y tan delicado como el de la violeta? Tanto cómo la mentira difiere de la verdad, otra tanta distancia existe entre el más rico de vuestros productos y la más humilde corola de nuestros jardines, y este oscuro capullo que aplastais al pie de la planta que lo llevaba, si le permitierais desarrollarse, eclipsaria el lujo de todos los Salomones, aun en medio de las glorias del más suntuoso de los siglos.» S. Hier. *in Matth.* lib. I. c. 6. S. Joan. Chrysost. *hom.* 23. *in Matth.* En otro orden de hechos menos elevado, pero, sin embargo, grandes tambien, ¿nuestra inferioridad no está probada con el mismo brillo? En el seno de vuestras fabricas, vaciais ése bronce formidable que debe hacer resonar el rayo en los campos de batalla; pero ¿este trueno es solemne al igual del que Dios hacer retumbar en la nube? Cuando vuestros enormes cilindros hacen sus evoluciones, cuando vuestros pesados martillos caen y vuelven á caer sobre el hierro enrojado que hacen volar en chispas, conmueven alrededor de ellos el suelo asustado; pero ¿qué son, comparados con la mirada de Dios que hace temblar el mundo sobre su éje desconcertado? Habládnos de vuestras maquinas que atraviesan las montañas con entrañas de granito; podeis glorificaros; pero ¿no es Dios más grande cuando, por los levantamientos y convulsiones de la naturaleza, hace desaparecer ó germinar, por decirlo asi, el cuerpo mismo de las montañas en el seno de los oceanos? Si, vuestras obras, cuando se las mide con la altura que Dios os há dado, parecen asombrosas; cuesta trabajo concebir

parte en la bendicion que vá á descender sobre este lugar ; porque todos son hijos de Dios que está en el cielo, y, en cierta manera, los hijos de la Iglesia que está en la tierra.

Sin embargo, el principal motivo por el cuál la Iglesia acuerda sus bendiciones, es para atraer del cielo, sobre las personas y sobre las cosas que ella bendice, los bienes del orden espiritual. En efecto, estos bienes son tanto más superiores á los del orden temporal, cuánto el alma es superior al cuerpo. Los bienes del orden temporal no tienen valor más que en cuánto se relacionan con los bienes del orden espiritual, cómo el cuerpo no tiene valor más que en el tiempo que está unido al alma inmortal y forma con ella el ser humano. Los bienes del orden temporal pueden ser frecuentemente muy funestos, cuando se abusa de ellos, lo que es facil ; y uno, que se habria salvado en la pobreza ó en las privaciones, pierde su alma con la riqueza y el éxito. Los bienes del orden espiritual no tienen los mismos peligros, y no lo hay nunca en ser humilde y caritativo. Hé aquí el principal motivo por el que debemos pedir á Dios y á la Iglesia sus bendiciones, es á fin de obtener los bienes espirituales. Son principalmente estos bienes que hará descender sobre esta fabrica la bendicion que vámos á darle. Y cuando digo sobre esta fabrica, creo tambien sobre los que vendrán á trabajar en ella, por cualquier titulo que séa, cómo directores ó cómo obreros. La bendicion recibida por la fabrica recaerá sobre ellos, para hacerlos más justos y más rectos, más pacientes y más animosos, más indulgentes y más unidos, en una palabra más

como tantas maravillas pueden salir de un átomo. Pero cuando se las pone en paralelo con las del Obrero supremo, ellas merecen todo á lo más ser llamadas un juego de niños, y mientras que, por un sublime esfuerzo, vosotros no haceis brillar vuestro genio y vuestro nombre más que sobre estas piramides que humean ó sobre estos vagones que ruedan, él hace lanzar este grito de extasis por el rey-profeta : *Oh ! Señor, como vuestro nombre es admirable por toda la tierra ! Vuestra magnificencia es más brillante que el esplendor mismo de los cielos !* Ps. VIII, 1.
2. (Mgr. Plantier, loc, cit.)

celosos para cumplir con todos sus deberes y más verdaderamente cristianos ¹.

1. Desde que el obrero há sido sustraído á la bienhéchora influencia de la Iglesia, maestros impios parecen haberse esforzado en degradarle, obligándole á trabajar en domingo, y favoreciendo el libertinaje por el abominable descanso del lunes. Esta triste situacion, comun á todos los trabajadores, es singularmente agravada en la fabrica por esos hacinamientos confusos de hombres, de mujeres y de niños, reunidos en las mismas salas, en donde un trabajo comun los retiene todo el día. Esta mezcla há producido una sucesion ó mejor una permanencia de crímenes desconocidos en los tiempos pasados. — Estos crímenes han encontrado su glorificacion en un respeto humano inaudito, que há hecho pesar sobre los talleres una tirania implacable. Este respeto humano impone las ideas más monstruosas sobre religion, la familia, la moral y la sociedad. — En religion, el catolicismo es objeto de un odio furioso, atizado por abominables escritos, cuya existencia no es sospechada por los que no han vivido en este medio. La divina Eucaristia es particularmente blasfémada. El materialismo es ensalzado : « Cuando se muere, todo se acaba, » ése es un axioma innegable. Por el contrario, las supersticiones más ridiculas son respetadas : el que se burlára seria reprendido vivamente por un filosofo vecino, en nombre de la libertad de conciencia. Yo los hé conocido que adoraban al sol, y esta devocion era considerada muy respetable. — En cuánto á la familia, es menospreciada. Los pobres niños oyen sobre sus madres horribles frases ; hay hijos de catorce años que hablan de sus madres, como un hombre ignoble habla de una mujer tán ignoble como él. Inutil de añadir que el respeto, la obediencia filial son silvados, tratados de debilidad, y que el desconocimiento de todos los deberes de familia es enseñado y aplaudido. — En moral, el vicio es altamente fomentado, y, por un refinamiento odioso, los que no han podido cometer crímenes bastante grandes para excitar la admiracion, inventan los que no han cometido. Las conversaciones más obscenas son tenidas, sín consideraciones á los nuevamente venidos. Parece tambien para ciertos libertinos, que hay un atractivo, una especie de regalo infernal en corromper inocentes. Es una presa que se disputan, y gracias á este horrible apresuramiento, se vé juvenes que, por una précocidad monstruosa, conocen ápenas salidas